

El libro y la formación material y espiritual del mexicano\*

Ernesto de la Torre Villar es uno de los mayores historiadores de México. Su obra es muy amplia y no deja rincones del pasado sin investigar. Es, asimismo, un profesor universitario de larga y profunda carrera: su palabra generosa, sus libros siempre admirables, sus tareas como director de la Biblioteca Nacional y al frente de otras instituciones académicas, lo hacen una presencia respetable e ineludible. Ahora El Búho rescata un texto admirable, donde el doctor Ernesto de la Torre Villar muestra su amor y pasión por el libro. Fue escrito como parte de un reconocimiento a otro historiador, Arturo Arnáiz y Freg. Lo publicamos porque muestra la importancia del libro como vehículo conductor de nuestra cultura y valores, y ha jugado un papel fundamental en la transmisión del conocimiento y, por último, como un modesto homenaje a un hombre que ha dado todo su esfuerzo para que la historia patria nos sea útil para recordar y para crear un futuro ciertamente luminoso.

El Búho

### *La pasión por los libros*

El libro, el máspreciado fruto de la cultura y simiente en la que ella se apoya, llegó a México antes que sus conquistadores. Sábese que Gonzalo Guerrero, náufrago de una expedición muy anterior a la cortesiana, con su vida salvó también un libro de horas de Nuestra Señora, único medio que lo ligaba con su ancestral cultura, y el cual le permitió al repararlo de continuo en los soleados crepúsculos de la tierra maya, mantener su fe e idioma.

Junto con los aportes más significativos de la civilización del Viejo Mundo: el trigo y el naranjo, el caballo y el hierro, la pólvora y la brújula, llegó el libro, que lo mismo sirvió para exaltar el espíritu aventurero de los soldados que aspiraban a convertirse en nuevos amadis, como el ansia apostólica y ascética de los religiosos varones que apoyaron en ellos el cuidado y salvación del indio.

# Para la Memoria Histórica

(Archivo coleccionable)

## ERNESTO DE LA TORRE\*\*

Libros que contenían los más eruditos y completos tratados teológico jurídicos fueron los que utilizó Bartolomé de las Casas para sustentar su apología y defensa de los naturales; y libro breve, sencillo, pero profundísimo, inspiró a sabio y santo oidor y prelado, Vasco de Quiroga, para iniciar su labor de transformación social y económica entre vastos núcleos de población indígena, que aún viven esperanzados en su recuerdo.

La escritura, ese prodigioso descubrimiento que permite al hombre preservar su pensamiento y transmitirlo sin distorsiones a través del tiempo y del espacio, representó el medio más seguro para llevar a los naturales cultura y fe. Así lo comprendieron doctores de las más prestigiosas universidades europeas, que trocaron togas y birretes por modestos sayales, para venir a enseñar a los indígenas el cristianismo y la esencia de la cultura europea.

A partir de 1523, sabio religioso, flamenco, Fray Juan de Tecto, inició la elaboración de una cartilla-

catecismo que lo mismo sirviera para evangelizar que para ilustrar a los indios. Si la muerte le privó de ver su obra cumplida, su compañero lego por humildad, sabio y santo por predestinación y esfuerzo, Fray Pedro de Gante, prosiguió esa labor y concluyó una cartilla que ante la falta de imprenta en la Nueva España, hizo imprimir en los Países Bajos. Catecismo y cartilla íntimamente unidas, fueron así la base de la conversación de los naturales y de la penetración de la cultura occidental a nuestro país. Vasco de Quiroga, ese gran socialista que preludió las grandes transformaciones de la sociedad, trajo también, del Viejo Mundo, cartillas que servían para enseñar a leer y a orar. Y estos ejemplos, los primeros en nuestros anales, se multiplican durante tres siglos, y si hoy ya no se evangeliza en esa forma, sí se lleva a los ámbitos más

escondidos de la patria la letra en la que se vuelcan los últimos vestigios de las lenguas indígenas y se difunde el castellano.

Si los libros apoyaron al religioso y al jurista, al humanista, al historiador, al poeta y al científico, que los hubo desde muy tempranas fechas, igualmente sirvieron con sus grabados y abecedarios como modelos a los alarifes que construyeron conventos e iglesias, hospitales y salas de cabildo. ¿Acaso muchas de las obras arquitectónicas y pictóricas novohispanas no están apoyadas en las ilustraciones que los libros contenían en sus portadas, viñetas y letras capitales? Aún más, haya obras escultóricas que representan con más o menos deformaciones, debidas a la sensibilidad de su autor, grabados tomados de los libros europeos que llegaron a raudales, así como de los salidos de las



Damián Andrade

prensas de los maestros tipógrafos novohispanos como Ocharte y Espinosa.

¡Pero si los primeros libros arribados a Nueva España produjeron esos logros tan extraordinarios que conmueven y admiran! ¡Si a través de ellos gozamos de esos aportes que constituyen algo muy peculiar en el génesis de nuestro arte, señalemos que otros elementos más perdurables, más trascendentes llegaron con ellos, los de la edificación espiritual de nuestros pueblos, los de su amplia proyección social!

Hay que subrayar que antes de que surgieran las disposiciones legales que la Corona dio para la creación de pueblos y ciudades, para que su asentamiento a más de aprovechar la buena condición de la tierra, su orientación y sanidad, el buen influjo de los vientos, la abundancia de agua y frutos y las condiciones para su engrandecimiento y defensa, disposiciones que llevó a su perfección un rey casuísticamente preocupado por el bienestar de su Imperio, Felipe II; antes que sus ordenanzas vinieran impresas, llegaron diseminadas en diversos libros las ideas que impulsaron a nobles varones –dotados de la prudencia y la sabiduría que los mandatarios de todo tipo deben tener–, a edificar, a construir ciudades ideales en las que menos importaba el trazado de las calles, alzado de los edificios y anchura de las plazas, como las disposiciones espirituales que permitirían a todos los ciudadanos convivir en armonía perfecta, en paz fecunda y en sana alegría, sin distinciones de vencedores ni vencidos, de miembros de una raza o de otra, sino unidos por vínculos inextinguibles de fraternidad universal, gozando equitativamente de los frutos que la tierra y su propio trabajo produjeran y gobernados a través de un consenso de voluntades

que posibilitaban vivir sin apremios, regidos tan sólo por el común acuerdo y a él ajustados. Se trataba, en suma, de edificar nueva cristiandad, como diría Las Casas; o un pueblo de cristianos a las derechas, como señalaba Quiroga.

La creación de una sociedad ideal, en ciudades utópicas y que por tanto impulsaban a todo lo positivo; sociedad ideal ya imaginada por Platón y Aristóteles, pero perfeccionada de sus aspectos negativos, como fueron el aceptar las diferencias sociales, por la concepción de una fraternidad universal y permanente que el cristianismo impuso y que sus mejores intérpretes como Agustín de Hipona difundieron en sus obras, fue la idea central que muchos hombres sobresalientes tuvieron desde el siglo XVI y que aún se mantiene.

No hay duda que el pensamiento clásico enriquecido por los grandes exponentes del cristianismo, San Agustín y Santo Tomás y que tan sabiamente supieron expresar Bacon, Campanella y Moro, forjó las ideas de los arquitectos espirituales de México. Con bases singulares, sólidas, indestructibles, empleando las formas y estilos que en cada ocasión se requería y tratando de aprovechar lo mejor posible el rico material humano aquí encontrado, intentaron edificar sociedades nuevas en nuevas ciudades. Tanto los proyectos en favor de españoles e indios que Las Casas ideó para la Verapaz, como las realizaciones prodigiosas de Quiroga en Santa Fe de Tacubaya y de la Laguna, y la labor civilizadora de espléndida transformación cultural y social de Pedro de Gante realizada a través de capilla y escuela, de taller y hospital, revelan que la influencia del libro, del espíritu que siempre conlleva, fue uno de los elementos determinantes del maravilloso inicio que tuvo nuestra cultura.

Colegios como el de Tlatelolco, la Universidad, la imprenta, tuvieron como misión difundir y aprovechar el beneficio del pensamiento humano que los libros transmiten.

Nadie puede dudar que esa idea perduró y que vivió latente en los mejores espíritus del período virreinal. Para aprovechar los libros y para conservarlos, se usaron desde las arcas de cedro de la Habana, como reclamara el canoro cisne mexicano, Carlos de Sigüenza y Góngora, hasta los amplios locales y suntuosos librerías que hicieron fabricar Juan de Palafox y Mendoza y Fabián y Juana Inés, a la par que los más exactos instrumentos científicos y musicales, Fuero para sus colegios de Puebla, y los más particulares anaqueles en que Sor guarda rica colección de obras que hoy muy pocos se atrevieron a leer.

Sólo cuando las rachas de fanatismo y hondos temores políticos han azotado a nuestra patria, se ha atentado contra cultura y libros. Fueron esas rachas las que acabaron con la maravillosa realidad, no experimento, que fue el Colegio de Santiago Tlatelolco y los que detuvieron la impresión y difusión de las prodigiosas obras de Fray Bernardino de Sahagún y de Fray Maturino Gilberti, así como las que concentradas en lema abominable, acuñado por perfecto ejemplar del absolutismo, trataban de paralizar el uso de la razón y obligaban a acatar inexorablemente toda disposición por arbitraria que fuese.

A través de los libros, el espíritu de nuestros juristas se nutrió de las doctrinas de Santo Tomás, de Suárez y del Padre Mariana, así como de las concepciones ilustradas de Rousseau y Diderot que a más de fórmulas políticas destinadas a construir nuevas formas de estado, propiciaban renovadoras

concepciones pedagógicas. Si el Contrato Social y el Espíritu de las Leyes influyeron en forma sorprendente en la organización jurídico-política de toda la América Latina y de muchas otras naciones, las teorías del Emilio. La Nueva Eloisa y las obras de Diderot, modificaron las formas educativas que habían regido durante largos años. Los libros de la Ilustración ejercieron en los mexicanos tanta influencia como las formas clasicistas que volvían de nuevo a imponerse en la arquitectura. Neoclasicismo en la estética y nuevas concepciones jurídico-políticas y educativas, surgido todo ello de la Ilustración, nos llegaron desde fines del siglo XVIII, tanto en los tratados de los doctrinarios ilustrados, como en las obras de los arquitectos franceses influidos por Vignola y otros preceptistas.

Más tarde, en el siglo XIX, cuando ante una sociedad nuevamente desajustada se pretende una transformación, las aspiraciones de los espíritus nobles trataron de materializarse nuevamente en ciudades ideales. Sansimonistas y Fourieristas proyectan poblaciones en las que sí importa el trazado y la proyección urbanística y arquitectónica, más intensa la disposición del ánimo, la satisfacción espiritual a la que se llega una vez satisfechas las más apremiantes necesidades materiales. Es por ello que Robert Owen planea en los inicios de la era industrial una ciudad ideal colectiva que combinara las funciones de la agricultura y la industria y que tendía a evitar surgieran esas pavorosas concentraciones llamadas "Railroad houses" y "Dumbbell houses" que hacinaron como rebaño a multitud de trabajadores en los países industriales. Owen que tuvo en los Estados Unidos gran influencia, encontró en un seguidor que años más tarde puso las bases de la Ciudad Socialista de Occidente,

Topolobampo, un realizador de sus ideas, Nueva Utopía que fructificó en anhelos generosos que pese a su breve duración, mantienen el aliento y la esperanza de los hombres de todos los tiempos. Nuevamente, aquí se trata de una edificación espiritual, intelectual, aportada a través de los libros.

En nuestros días, nuevos libros han sacudido hasta sus raíces a la humanidad y tendencias de polos encontrados se disputan su preferencia. Esos libros no nos son ajenos y nuestra patria busca afanosa, como en otras épocas, una solución a sus problemas y trata de encontrarla en las promesas de una vida mejor, de un régimen de paz y de concordia en el que el hombre con la dignidad que se merece pueda desarrollar al máximo su capacidad, satisfaciendo sus anhelos de superación espiritual, intelectual y material.

Para la sociedad del futuro, cuyas aspiraciones nos toca apoyar, los nuevos arquitectos piensan y trabajan para edificar nuevas ciudades que respondan a sus necesidades. Eterna lucha, anhelos renovados, perpetuo desafío, en los que el pensamiento humano plasmado en los libros, impulsa a los hombres a vivir más dignamente y obliga a los arquitectos a satisfacer esos anhelos, utilizando para ello nuevos cánones constructivos, pero aprovechando todos aquellos que el tiempo ha probado siguen siendo válidos.

Junto a este hecho que es el que más importa destacar, conviene para no traicionar la idea que nos ha llevado a organizar la muestra bibliográfica que no tardará en inaugurar el Señor Rector, decir algo, igualmente breve de la edificación material de nuestro México, de su desarrollo urbanístico y arquitectónico.

Especialistas como Manuel Toussaint, entre nosotros; Mario Buschiazzo, en el Río de la Plata; Graziano Gasparini en Nueva Granada; Enrique Marco Dorta y Diego Ángulo, que si bien peninsulares son quienes mejor y más han tratado del desarrollo arquitectónico hispanoamericano, coinciden en señalar la influencia de la arquitectura europea a partir de las normas del Renacimiento, aun cuando empleando formas del gótico, en las primeras construcciones americanas. Desde la Catedral y el Alcázar de Colón de Santo Domingo, los más nobles edificios levantados obedecieron a normas y gustos europeos, si bien aquí se fueron adaptando a las necesidades y materiales que el medio imponía. Los arquitectos formados dentro de los cánones usados en el Viejo Mundo, aportaron los gustos y modelos imperantes, y la arquitectura europea sustituyó del todo a la de los constructores Precolombinos que a base de otros ideales habían edificado ciudades que maravillan por su trazo y belleza. Tanto las normas técnicas en las que la física, las matemáticas, geometría y procedimientos constructivos se daban la mano para hacer posible la edificación de monasterios y de catedrales, casas consistoriales, obras públicas como acueductos, puentes, calzadas y suntuosas mansiones, cuanto las formas artísticas derivaban de los preceptos arquitectónicos, de la rica tradición de arquitectura e ingeniería que Europa tenía. El Renacimiento que se sustentó en la admiración de la antigüedad clásica esparció los ideales de aquella época. Los manuscritos vitruvianos difundidos a través de la letra impresa, contribuyeron a restablecer el gusto arquitectónico del pasado greco-latino y apoyados en sus conceptos y en otros más que tiempo y experiencia producían, los nuevos preceptistas ela-



Felipe Posadas

boraron estudios extraordinarios que multiplicados por la imprenta, sirvieron de base e inspiración a los arquitectos posteriores. Obras como los Diez libros de arquitectura de Juan Bautista Alberti fueron altamente estimadas aun por genios como Leonardo da Vinci, quien recomendaba guardar en un arcón especial el ejemplar que poseía. Después del de Alberti aparecen uno tras otro los trabajos de Serijio, Palladio, Vignola, por no citar sino unos cuantos, y pronto todos ellos merecerán traducción española hecha por los más prestigiados arquitectos peninsulares, y su difusión por toda América. El impacto de las formas renacentistas llegó también a las tierras septentrionales de Europa en donde uno de sus más destacados artistas, Alberto Durero, no sólo vibró ante la pequeña Madona y el niño de Miguel Ángel que se conserva en Brujas, sino que en sus Instituciones de Geometría, que

diseña precioso alfabeto, ya no en caracteres góticos a los que estaba acostumbrado, sino en los llamados de tipo romano, que imitan las preciosas letras de las inscripciones que ostentaban lápida y monumentos de las tierras latinas.

Y hacia América, ese influjo del arte clásico será predominante como se observa en la mayor parte de los edificios. Si la ornamentación al principio emplea las letras góticas, tornadas de los primeros libros europeos y de los novohispanos que en sus inicios usaron ese tipo de letras, como los de Cromberger y Juan Pablos; más tarde, se abandonarán esos tipos, pues Antonio de Espinosa utilizará los romanos llamados también toscanos.

A partir de ese momento, los alarifes, arquitectos e ingenieros que laboran en la Nueva España, realizan una labor que se apoya en las ideas constructivas que surgen en Europa. Si en las obras de

defensa y en las públicas se revela un dominio absoluto en la mecánica, hidráulica, uso de materiales y demás disciplinas y se muestra la evolución que tanto en Europa como aquí se seguía en las formas y sistemas constructivos; en las propiamente arquitectónicas se revela igualmente el desarrollo de esa disciplina que cristalizó en obras sin par, los principios en que se sustentaba e ideales estéticos. Ese conocimiento y esos ideales, dejaron en nuestras ciudades testimonio fehaciente de los gustos, anhelos y proyecciones de la sociedad que aquí se desarrollaba. La arquitectura novohispana señala con toda claridad nuestra realidad social y económica, nuestros sentimientos comunitarios y particulares, nuestras creencias. Es una clara expresión de nuestra forma de ser que se configuró a través de la cultura y de nuestras peculiares condiciones socioeconómicas. En ese proceso, el libro con su fuerza espiritual tuvo una influencia preponderante. En él se asentó tanto la acción de nuestros arquitectos, como la de nuestros dirigentes. “Para ornato y utilidad de la ciudad se construye esta obra”, rezaba el lema del período borbónico. Ansia de servicio, pero también de belleza, deseo de construir material y espiritualmente una colectividad, ideal guardado en los libros, es la esencia de ese lema.

Por ello hemos preparado esta muestra bibliográfica que ha hecho posible la clara comprensión de las autoridades universitarias, reveladora de esa doble proyección y construcción material y espiritual de México. Las obras que exponemos guardan ese doble sentido, de ahí su mérito excepcional.

Quisimos que esta exposición pudiera efectuarse en este recinto, porque el Palacio de Minería, obra del genial valenciano Manuel Tolsá, es resumen y

cristalización de la labor arquitectónica en México. En este sitio se conjugaron belleza y utilidad; en él los hombres de genio, los científicos más valiosos del país, dentro de un ambiente sereno y majestuoso, pudieron y pueden consagrarse a sus estudios, encaminados al engrandecimiento de la nación.

Al celebrar esta ceremonia en el espléndido Palacio de Minería, orgullo de la arquitectura mexicana, el cual después de largo abandono fue renovado desde sus cimientos, pensamos que México atraviesa una coyuntura cultural muy importante. Sabernos que el Archivo General de la Nación, la otra institución que con la Biblioteca Nacional, conserva la memoria de México, va a contar con un digno edificio, el cual a base de un juicioso conocimiento de las necesidades de la institución, está siendo edificado por arquitectos mexicanos. Ante ello creemos que Biblioteca y Hemeroteca Nacional deben tener también un alojamiento decoroso y que nadie mejor que las personas que en esas instituciones trabajan pueden dar los lineamientos a que debe ceñirse su edificación. Si conocemos las necesidades y éstas son de tal manera urgentes, tengamos confianza en lo solicitado, en que la experiencia que apoya esa petición y el conocimiento de lo que se requiere son juiciosos y confiera a nuestros arquitectos tal labor. El Museo de Antropología surgió de una necesidad y de un plan bien meditado y sin copiar a nadie, sin tener que recurrir a opiniones externas, sino basados en los conocimientos que los dirigentes del Museo tuvieron, se construyó un local que es orgullo de la República. Por eso nos atrevemos una vez más a hacer un llamado a la conciencia del país, por la vía de las más altas autoridades universitarias, para

que estudien y aprueben la erección de un local que permita a la Biblioteca Nacional y a la Hemeroteca, cumplir con dignidad las altas finalidades que les están encomendadas.

Esta muestra que no es sino parte mínima del enorme acervo de la Biblioteca Nacional de México, permitirá a los estudiosos aprovechar su rico contenido, y a todos apreciar debidamente el enorme valor, cultural y económico que ese fondo tiene. Los libros que exhibimos a más de representar un valor de muchos millones de pesos, pues algunos de ellos exceden del millón, tienen un valor singular, el representar los hitos más salientes de nuestra edificación material y espiritual. Por ello es necesario darlos a conocer, proclamar la urgencia que la Universidad Nacional de México y el país



Horacio Salcedo

entero tiene de preservar debidamente el rico patrimonio bibliográfico que conserva, tan rico e importante como el arqueológico. Debemos exigir para este tesoro que es la herencia de las generaciones futuras el debido cuidado, el sitio más conveniente para seguirlo conservando y enriqueciendo y en donde pueda ser aprovechado debidamente.

Presentamos junto con los libros una serie de ilustraciones de los mismos, en las que se percibe la grandeza de su concepción, perfección en su factura así como su noble reproducción tipográfica. Obras de los más importantes artistas de varias centurias, muestran las distintas sensibilidades, los diferentes gustos y técnicas que determinan cada época y cada generación. Todo el conjunto permitirá a los asistentes compenetrarse del valor intrínseco del mismo y de la enorme responsabilidad que pesa sobre nosotros para preservar ese patrimonio.

No me queda sino mencionar el apoyo que el señor Rector de la Universidad y sus colaboradores han brindado en todo momento a nuestra institución y señalar que es indispensable construir, para conservar dignamente ese patrimonio, un soberbio edificio para utilidad y ornato de la ciudad que constituya digno relicario de los libros, mucho mejor que el arcón de cedro que solicitaba Sigüenza y Góngora.

Debo señalar, para terminar, que la exposición y su catálogo han sido posibles gracias al apoyo del Sr. Coordinador de Humanidades, Lic. Jorge Carpizo, al entusiasmo y conocimientos del arquitecto Jorge Guerra y al extraordinario esfuerzo técnico del notable artista Armando Salas Portugal. ■

\*Tomado del libro Homenaje al Dr. Arturo Arnáiz y Freg. México, 1968. Centro Mexicano de Escritores. México, D.F., 1968.

\*\*Historiador. Director de la Biblioteca Nacional de México.